

Discurso pronunciado en la Inauguración de Cursos y Colación de Grados de 1943

POR EL

Profesor Victorio Urciuolo

La iniciación de un nuevo curso escolar no debía ser sino la repetición de un acto común en un instituto de enseñanza, pero como todo aquello que se vincula a las etapas fundamentales de la vida, tiene en cada oportunidad la emoción de un hecho nuevo que sacude profundamente lo más íntimo de nuestro ser. En esta época que nos toca vivir, cuando aparece oscuro e incierto el destino de la humanidad, cuando se sienten conmovidas las bases mismas de la organización social, la repetición de este hecho de la vida normal, cobra aún relieves más salientes al señalar un privilegio de la Providencia por haber mantenido a nuestro país alejado de la vorágine.

Este alejamiento no importa, de ningún modo, indiferencia y, en ese sentido, estoy seguro que en este momento, en el corazón de todos nosotros florece, en especial, un recuerdo emocionado para aquella juventud alejada del aula y para tantos maestros y hombres de ciencia apartados de sus nobles tareas.

No podría proseguir sin manifestar mi agradecimiento al señor Rector por haberme conferido el alto honor de representar al profesorado de esta Casa, comprometiendo de ese modo mis escasos merecimientos para tratar de estar a la altura y dignidad de tal representación.

Para muchos de los aquí presentes, el acto de hoy es una despedida. Dejan en estos muros cargados de siglos una parte misma del ser, recuerdos que forman la esencia de los años mozos. Aquí estrecharon los lazos del compañerismo, del afecto fraternal que, al igual que en la vieja casona paterna, se sienten en ella más hondos y más puros. Dejan aquí, cual prisma dorado de la juventud, un modo de ver y de sentir los problemas que agitan a la humanidad que luego, desgraciadamente, por las múltiples ataduras que crea la acción, no podrán mantener.

Están presentes también aquellos que llegan por primera vez al aula universitaria y para quienes este acto es como una puerta dorada que se abre franqueando el paso hacia sus más caras ilusiones. El ansia de saber, viejo como el mundo, pone ante algunos el espejismo del ideal cercano; en otros, espíritus más prácticos, la aspiración de capacidad y de dominio de la técnica; en todos, el deseo de ser útiles a la sociedad.

Los que hoy se van deben hacerlo con la esperanza de volver a esta Casa, su alejamiento no puede ser definitivo. El paso por las aulas debe haberles mostrado que la Universidad no les ha dado hasta ahora sino el bagaje básico, la preparación apenas necesaria para actuar en sus respectivas profesiones y que el éxito en su desempeño sólo se conseguirá con el estudio continuado a partir de este momento.

La amplitud del panorama científico, el desarrollo extraordinario de la técnica, la gravedad y trascendencia de las cuestiones sociales y económicas de la época, exigen una suma tal de conocimientos que no podrían ser certificadas por un título de carácter general. Al graduado le queda, entonces, mucho por aprender y lo más lógico es que tal aprendizaje no se realice aisladamente sino en estrecha vinculación con la Universidad.

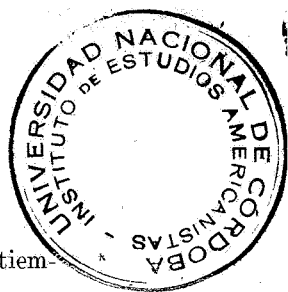
Resultará de ello un mutuo beneficio, puesto que el graduado verá facilitadas sus tareas y la Universidad tendrá el exacto conocimiento de la misión que desempeñan sus egre-

sados, de sus problemas, de sus inquietudes, que no serán, en el fondo, sino las inquietudes y problemas del medio social, es decir, del País. En este sentido los cursos para graduados que funcionan en varias cátedras de la Facultad de Medicina cumplen, a mi juicio, una misión trascendental que debe merecer el apoyo de las autoridades y despertar el interés de los profesionales. Si bien el desarrollo de dichos cursos se ve favorecido en esa Facultad por disponer de hospitales de enseñanza, entiendo que es indispensable encarar una práctica similar en las otras Facultades, empeñándose para ello, en dotarlas de los laboratorios y elementos que sean necesarios. Lo piden así los intereses superiores del País, ante los cuales no deben importar los sacrificios a realizar.

En la bienvenida a los que hoy llegan por primera vez y a los que reinician sus tareas, quiero recordarles que afrontan una labor ardua y de responsabilidad. Muchas veces el aprendizaje parecerá demasiado mecánico, sin trascendencia, quizás como atadura que impide alzar el vuelo hacia las regiones soñadas por el espíritu; otras veces tendrán que estudiar disciplinas aparentemente desvinculadas de sus vocaciones y que podrían suponer inútiles. Tal hecho no debe sorprenderlos ni desilusionarlos y deberán tener presente que la altura a la cual se aspire a llegar debe estar en proporción con la base de sustentación y que, por rara paradoja, llegan más próximos a sus ideales aquellos que saben no despreciar la prosa de la vida.

Las tareas que hoy vamos a emprender nos compromete a todos por igual, autoridades, profesores y alumnos; pero indudablemente la mayor responsabilidad será para los señores profesores. Grave y difícil tarea es esta de aspirar a ser maestro de la juventud, alta finalidad que no se cumple tan sólo con la posesión de amplios conocimientos.

Es indispensable una conciencia exacta de su misión, la voluntad de enseñar que no es sino el deseo de prodigar la propia personalidad, de ganar al alumno para la causa de la



cultura y de la ciencia y el ansia de prolongarse en el tiempo a través de sus discípulos.

Esta voluntad de enseñar debe ir indisolublemente ligada con la voluntad de aprender porque no puede pretenderse ser maestro sin recordar constantemente que la vida entera no es sino un continuo aprendizaje.

La cátedra no debe ser una repetición mecánica de conocimientos sino, por el contrario, algo dinámico, con vida, reflejando en el tiempo un ansia de superación acorde con el progreso general. Pero la misión del maestro va aún más allá de la formación profesional o científica del alumno debiendo ser para éste un ejemplo viviente de carácter, de integridad, de trabajo, en una palabra, de lo que constituye una vida útil para la patria y para la sociedad. Para que así sea será necesario un mayor acercamiento del que hoy existe entre profesores y alumnos; la disciplina, contra lo que pudiera creerse no se resentirá por ello, puesto que no será el fruto de imposiciones reglamentarias, sino el resultado del reconocimiento de la jerarquía fundada en méritos indiscutibles.

Este ideal de maestro, exige del medio social y de los poderes públicos un franco y decidido apoyo moral y material para el desempeño de la noble misión que le está confiada. En países como el nuestro, en plena formación y con amplias posibilidades, donde es relativamente fácil la conquista de la fortuna, lo menos que puede exigirse para una vida de abnegación y sacrificio es el reconocimiento de una máxima jerarquía en el medio social y condiciones de vida compatibles con la dignidad de su misión.

La enseñanza universitaria debe merecer por parte de los poderes públicos una constante preocupación puesto que de ella depende la capacidad, la moral y el patriotismo de sus clases dirigentes. El máximo apoyo y la máxima exigencia debe ser el lema para asegurar a la Universidad el rol que le corresponde en la vida de la Nación.

Si bien no es este el momento para encarar los problemas fundamentales de la vida universitaria cuyo planteo y

solución requiere largas discusiones, no podría dejar pasar la magnífica oportunidad que me brinda esta tribuna, sin expresar siquiera en forma escueta, mi pensamiento sobre algunos que conceptúo como fundamentales.

He de referirme en primer lugar a la enseñanza, tomándola desde dos aspectos distintos: qué debe enseñarse y cómo debe enseñarse.

La enseñanza universitaria debe ser, a mi juicio, una justa combinación de cultura, ciencia y técnica. La formación de profesionales debe ser sólo un aspecto de la labor universitaria, debiendo funcionar simultáneamente institutos de cultura y de investigación científica. Mucho se ha criticado a la universidad argentina el ser sólo una fábrica de profesionales, lo cual, si bien no es del todo justo, debe inducirnos a evolucionar. No podemos pretender, ni puede exigirse a nuestra Universidad, afrontar de inmediato la alta especulación científica; es indudable que será necesario una acción progresiva y metódica en una tarea en cierto modo separada de la de formar profesionales a los cuales, entiendo, no será posible dar sino los conocimientos fundamentales.

La especulación científica es la etapa más alta de la vida universitaria donde llegarán los elegidos, los que sientan el fuego sagrado de la vocación, material humano que habrá que formar previamente. Por otra parte, yendo a lo material, la alta investigación exige costosas instalaciones y grandes partidas para su funcionamiento que no se justificarían sino con la obtención de resultados trascendentales.

Entiendo, por lo tanto, que la preocupación del momento debe ser realizar una etapa intermedia, la del laboratorio anexo a la cátedra, para cuyo funcionamiento tendremos material humano abundante en los egresados y aún en los estudiantes que demostraran una firme vocación.

En cuanto al modo de efectuar la enseñanza, no se discute que ella deberá ser esencialmente práctica y objetiva. El laboratorio anexo a la cátedra permitirá, entonces, no sólo la evolución hacia la investigación científica, sino preparar al

profesional en el dominio de la técnica que no puede adquirirse con sólo esquemas mentales.

Es una satisfacción para mí poder afirmar que en la Universidad de Córdoba, por la preocupación de sus autoridades, el laboratorio es ya un hecho real para la mayoría de las cátedras, siendo de esperar que se continúe con el mismo empeño el camino emprendido.

Otro aspecto fundamental sobre el cual deseo llamar la atención es la falta de preparación básica que se nota en el estudiante que ingresa a las facultades y las posibilidades de remediar el problema. A mi juicio, la causa principal de tal hecho reside en la falta de unidad entre los tres ciclos, primario, secundario y universitario, en que está dividida la enseñanza en el país. Asombra realmente que no se haya considerado el problema de conjunto y que, dentro de cada ciclo, puedan elaborarse independientemente los planes de enseñanza sin tener en cuenta para nada los que corresponden a las demás etapas.

Sin entrar en detalles que serían demasiado largos, concretaré cuál sería, a mi juicio, un posible plan general de enseñanza que, sin pretensiones de ser la solución, lo doy únicamente para aclarar mi pensamiento. Este plan consistiría en: 1°.) Ciclo de enseñanza primaria, común para todos los niños, concretado a los elementos fundamentales y desarrollado en cinco años. 2°.) Ciclo de enseñanza secundaria que comprendería: a) enseñanza vocacional, con desarrollo de tres años para artesanos, donde, a más de las materias de cultura general, se impartiría la enseñanza manual de ciertas profesiones que permitieran la formación del obrero especializado; b) enseñanza secundaria para la formación del profesorado normal requerido en las etapas anteriores, con un desarrollo de seis años; c) enseñanza secundaria para el bachillerato, de cultura humanista y con seis años de desarrollo. 3°.) Ciclo de enseñanza universitaria que podría comprender una etapa preparatoria de dos años y otra de seis en cursos universitarios propiamente dichos, es decir, un total de ocho años.

Esta distribución que, como se ve, no recarga el número de años, tiene la enorme ventaja de hacer llegar al aula universitaria alumnos con sólida preparación y cuya vocación ha sido ya probada en el curso preparatorio. Permite, además, la inclusión en los planes de estudio de materias de cultura general cuya enseñanza termina hoy en las puertas de la Universidad.

Por otra parte, si el ciclo primario y el vocacional son obligatorios para todos aquellos que no sigan los otros cursos, se habrá conseguido para el País el enorme beneficio de formar obreros especializados para las industrias cuya necesidad es hoy palpable.

Deseo referirme finalmente, a la necesidad hoy indispensable de vincular la Universidad a la vida exterior. Es necesario no encastillarse en la intrincada maraña de las altas especulaciones y abrir las puertas para que llegue el palpitar de la vida del pueblo. Es necesario compenetrarse de los grandes problemas de orden social, económico y técnico que cada hora trae aparejado al desarrollo de la Nación.

El tipo de hombre de ciencia, sólo hombre de ciencia, ha dejado paso a otro que siente y comparte los problemas de su comunidad y que, por encima de todo tiene el orgullo de ser algo tan pequeño como excelso, un hombre.

Los problemas de la calle, al cruzar la noble portada de este templo del saber, se despojan de las pasiones y de los partidismos y adquieren la jerarquía e importancia que los hace dignos de la consideración de los estudiosos.

Señores: La caótica situación en que se debate el mundo entero hace presumir para el país la proximidad de horas difíciles cuya superación exigirá la cooperación y quizá el sacrificio de todos los argentinos. Sea cual fuere lo que el destino nos depare, no dudo que habremos de sortear todas las dificultades si el pueblo argentino se mantiene indestructiblemente unido, al amparo de una sola bandera que no puede ser otra que la de la patria. Para afianzar esa unión será necesario por parte de gobernantes y gobernados el respeto absoluto

de la Ley, el ejercicio honesto de la democracia y el respeto a la libertad individual que forman el acervo mejor de nuestro pueblo.

En esta misión, la Universidad debe tener un rol preponderante, alejando a la juventud del crudo materialismo de la época e inculcándole la fe en los viejos ideales de paz, de libertad y de justicia que forman la esencia de la vida civilizada. La Universidad Nacional de Córdoba no tendrá para ello sino que seguir lo que ya es su tradición y no otra cosa puede esperarse del patriotismo y capacidad de sus actuales autoridades.

Señores profesores y alumnos:

El señor Rector acaba de declarar inaugurados los cursos del presente año escolar; a nosotros, en trabajo común, nos toca realizar una tarea que resulte fecunda y útil para la Nación.